

Los 15 bebés de Jennifer Aniston y el hijito de Uribe

CATALINA URIBE



CADA VEZ QUE JENNIFER ANISTON va al supermercado, se encuentra con alguna noticia sobre su vida personal. En enero 21 de este año, la revista *In Touch* tenía en su portada una fotografía de Aniston con Brad Pitt y un titular que decía: "¡Estamos esperando una niña!". Vale la pena recordar que la pareja se separó hace 14 años y desde entonces cada uno tiene su vida por aparte.

Pero eso no detiene a las revistas del corazón que parecen no poder vivir sin Aniston.

El año pasado se podía leer: "¡Brad y Jen: anuncio de bebé! «Nuestro sueño finalmente se hizo realidad»", "Bombazo: noticias de embarazo" o "¡Brad y Jen: recién casados!". El columnista Jim Rutenberg encontró que, según los medios, en años recientes Aniston debió haber dado a luz dos docenas de bebés; desde el 2013, la revista *OK!* la ha embarazado nueve veces, le ha dado 15 hijos y le dio en adopción tres parejas de mellizos.

La historia de Aniston es el reflejo de que ni los medios ni los lectores pueden vivir sin las telenovelas. En Colombia las amamos. Cada noticia nacional se enmarca en cuentos de héroes y villanos. Y como la historia de la "traición de Santos" se estaba quedando en el pasado, necesitábamos crearle una nueva narrativa al eterno protagonista. Los titula-

res se alimentan del matrimonio entre Uribe y su "titere" Duque y al mismo tiempo se desviven por crearle espinas a la relación.

"Duque y Uribe, 50 días de desencuentros", titulan unos. "Le hace caso a Uribe", escriben otros. "Titere y manipulable", insisten algunos. "¿Hay problemas en el matrimonio Uribe-Duque a causa de la minga?", se preguntan otros. Pero ¿qué le aporta al debate que Uribe y Duque se quieran, se manipulen o se alejen? La respuesta: morbo. La verdadera noticia está en las políticas de Duque, en lo que hizo o no con la minga y en los planes que tiene para el país. Pero hay algo del corazón nacional que espera por ver qué telenovela se nos arma ahora. El país tiene ya muchos líos reales, pero el drama, como el postre, parece tener un estómago aparte.

Perdón

JOSÉ FERNANDO ISAZA



LA SOLICITUD DEL PRESIDENTE de México al rey de España y al papa para que, en nombre de las instituciones que representan, pidan perdón por las masacres y violaciones de los más elementales derechos ocurridos durante la conquista de México invita a revisar las versiones de lo ocurrido en la Nueva Granada.

A la llegada de los españoles al territorio que hoy es Colombia vivían de tres a cuatro millones de habitantes, de los cuales solo sobrevivían del 15 al 20% en el siglo XVII. Solamente a finales del siglo XIX la población de Colombia superó los cuatro millones. El empadronamiento de 1778 daba cuenta de 891.000 habitantes y el censo de 1905 registra 4,5 millones de personas. S. Kalmanovitz afirma: "las exigencias laborales impuestas por los españoles fueron, en efecto, devastadoras: jornadas de 14 horas o más en las minas, transporte a lomo humano, construcción de poblados e iglesias, producción agrícola que sustentara dicho esfuerzo y sostuviera el parasitismo de la mayor parte de los españoles". Los desplazamientos masivos, la destrucción de las poblaciones indígenas y sus cultivos generaron hambrunas generalizadas. O. Melo dice que en 1540, en la región Cali-Popayán, los cronistas hablan de más de 100.000 muertos de hambre, aunque la cifra puede estar sobrestimada.

Hay un caso de canibalismo relatado por Gonzalo Fernández de Oviedo: "los españoles mataron un indio que tomaron, y asaron la asadura y lo comieron, y pusieron a cocer mucha parte del indio en una grande olla, para llevar qué comer en el batel".

No toda esta catástrofe demográfica fue causada por la barbarie de los "civilizadores", pues enfermedades como la viruela y el tifo eran desconocidas en el Nuevo Mundo y, por lo tanto, el sistema inmunológico de los nativos no había desarrollado anticuerpos para combatirlos.

El escritor Enrique Serrano presenta una visión diferente de la Conquista: "de esta manera se explica el hecho de que, aunque hubo alguna débil resistencia indígena, la asimilación de la hispanidad fue más bien pacífica y rápida, y el hecho —aún más importante— de que prácticamente no hubiese mestizaje cultural, sino racial en la mayor parte del territorio".

La obra literaria de Serrano ha sido reconocida con el premio Juan Rulfo por su cuento "La marca de España". García Márquez y Álvaro Mutis lo elogiaron como un gran escritor, pero los cronistas e historiadores se apartan de su visión romántica de la Conquista.

Para pedir perdón no existe la prescripción. En el año 2000 la Iglesia católica, tímidamente, lamentó haber quemado vivo a Giordano Bruno, 400 años después del crimen; sin embargo, no lo rehabilita y de alguna forma justifica a la Inquisición al afirmar que Bruno fue juzgado por un tribunal serio y ponderado. Giordano fue el precursor del pensamiento racionalista. Un parque en Bogotá con su busto recuerda su memoria.

Nota. Agradezco a Bernardo Mayorga por señalar algunas imprecisiones de mi columna Omega. He debido ser más explícito al decir que un conjunto ordenado, por la relación de inclusión, puede ser "menor" que otro y tener la misma cardinalidad. Propiedad de los conjuntos infinitos. Los números trascendentes computables son obviamente irracionales.

Osuna



La encerrona que no fue

La minga, el presidente y la brecha

YOLANDA RUIZ



ESCRIBO CON LOS ECOS TODAVÍA DE la reunión fallida entre el presidente Iván Duque y los indígenas del Cauca. Esos pocos metros que los separaron son más que una terquedad de las partes como han dicho muchos que ven en el asunto un problema de radicalismos sin fundamento. Depende del cristal con que se mire, se critica al presidente o se critica a los indígenas. Todos hubiéramos preferido ver ese encuentro necesario. Los metros que faltaron son para mí símbolo de un problema mayor al que hemos llegado por cuenta de una desconfianza cultivada por años y décadas.

No es asunto de esta semana. Es una historia hecha de muchos acuerdos pactados e incumplidos, de violencias atravesadas, de vías de hecho y diálogos de sordos. Es la tierra que ha estado ahí en el centro de nuestras múltiples violencias. Es la inequidad, la pobreza, la maldita politiquería que se ha metido para corroer por dentro los legítimos reclamos sociales y que atiza del otro lado a quienes ven como un peligro a todo el que reclama.

Esos pocos metros infranqueables mues-

tran exactamente lo que hoy somos: una Colombia dividida en donde algunos miran por encima del hombro a las comunidades indígenas, como si reclamar derechos fuera un asunto de conceder favores. Como si no nos cobijara la misma Constitución. Una Colombia en donde esas comunidades no acaban de aceptar que la historia ha pasado y reclaman lo inalcanzable. Una Colombia excluyente que estigmatiza al distinto, que no ha encontrado la manera de convivir en la diferencia y que mantiene unas desigualdades inhumanas como si fueran parte del paisaje.

Y en esta minga sí que hemos llegado al extremo: muerte y estigmatización. Algunos, muchos congresistas, llegaron a calificar como terroristas a todos los indígenas que salieron a protestar. Sí, hubo violencia condenable. Se perdieron vidas que no se debieron perder, pero eso no significa que se debiera tildar de terrorista a toda una comunidad.

En el rechazo a esos hechos de violencia nos deberíamos encontrar todos sin vacilación y no es así porque en Colombia justificamos la violencia de un lado o de otro. Como creemos que hay muertos buenos, como parecería aceptable la violencia contra el que no me gusta, ni siquiera nos unimos para defender la vida, toda vida, la suya, la mía, la del indígena, la del político, la del líder social, la del empresario, la de la mujer agredida, la del niño violado y sí... la del delincuente que tam-

bién debemos defender porque como sociedad no hemos decidido tener pena de muerte, entonces esa vida se defiende. Por eso no se pueden justificar las masacres de ninguna manera. El uso legítimo de la fuerza cuando se requiera sí y siempre sí, pero en el marco de las leyes. Y violencia para hacer reclamos sociales no y siempre no porque se desvirtúa el sentido de ese derecho democrático.

Cuando no se condena con total claridad desde las organizaciones sociales la violencia que enturbia su legítima protesta, la brecha se amplía. Cuando se tilda de terroristas a quienes piden que el Estado cumpla con su obligación, se estigmatiza a los manifestantes y le hacemos un favor a esos violentos que están a la caza de oportunidades para generar el caos. Si todos son terroristas, los verdaderos se logran camuflar. Las palabras tienen poder y crean pensamientos colectivos que producen realidades.

La brecha que alejó al presidente de los indígenas no es de pocos metros, es de muchos años de violencia constante de palabra y obra. Es una distancia social, cultural, que nos podría enriquecer si aprendemos a respetar y reconocer la existencia del otro. La desconfianza no es gratuita y es tan grande que impidió transitar unos pocos metros. Desde sus ratoneras los violentos de todos los pelambres sonríen y aplauden mientras la brecha crece.